

# 29 de febrero

**MONTSERRAT  
VALS GINER**

**JUAN  
GENOVÉS TIMONER**



**TERROR**

**Tab Editing**  
← →



TERROR

*29 de febrero*

## *29 de febrero*

© Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022

Primera Edición: noviembre de 2012

Segunda edición: abril de 2015

Tercera Edición: enero de 2023 – Tab Editing

© del diseño de la portada, Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022 a partir de la ilustración de: ©Daniel Brubaker en Unsplash

ISBN:

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)*

Diríjase a Tab Editing si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Tab Editing a través de la web [www.montsevalls.eu](http://www.montsevalls.eu) o por email en [info@montsevalls.eu](mailto:info@montsevalls.eu)

Tab Editing es un sello editorial de Montse Valls y Juan Genovés

08025- Barcelona ([info@montsevalls.eu](mailto:info@montsevalls.eu))

<https://www.montsevalls.eu>

Síguenos en:

<https://www.facebook.com/Libros.Tab.Editing>

<https://www.montsevalls.eu>

**Tab Editing**  




# *29 de febrero*

---

MONTSERRAT VALLS GINER

JUAN GENOVÉS TIMONER

## AGRADECIMIENTOS

A Lola Gulias, de la agencia Kerrigan, porque seguramente si no le hubiera gustado esta novela, no hubiéramos seguido escribiendo.

Y a Milena, la hija de Esther Tusquets, cuya personalidad y magnetismo, nos inspiró para dar nombre al personaje central de esta novela. Aunque eso sí, ella para la gente que no la conozca, es todo dulzura y bondad.

Este libro fue escrito en el año 2.000, ella era más joven y nosotros también, pero la entrevista con su madre en la Editorial Lumen, fue algo inolvidable, ya que pocas veces en entrevistas de radio conocimos a personas tan fantásticas, pero haberlas "*haylas*".

## CAPÍTULO UNO

Hacía quince años que no nevaba de forma apreciable en Barcelona. La Sagrada Familia, amaneció totalmente blanca y el agua del estanque de la plaza, estaba congelada.

Marta sintió un escalofrío al despertar. ¿Cómo podía haber bajado tanto la temperatura? La columna de mercurio, parecía haber desaparecido en el termómetro, a pesar de todo y con evidente desgana, se levantó de un salto de la cama y se dirigió al armario, cogió su chándal azul y se lo puso.

La calefacción se había estropeado, las cosas ya no podían ir peor. Mientras se arreglaba, Marta observó, casi sin mirar, que su imagen reflejada en el espejo era todo un poema; su aspecto le recordó la mala suerte que le había estado persiguiendo en los últimos días.

Después de cinco años trabajando en el gabinete de la renombrada psicóloga Moira Moya, a la que la gente conocía como “la psicóloga de la tele”, debido a sus intervenciones en este medio, de golpe se quedó en el paro. Aun sonaba en su cabeza el taconeo de Moira dirigiéndose a su mesita y diciéndole: “Marta, hemos de hablar...”

Marta, se quitó sus gafas y se preparó para escucharla atentamente. El brillo de sus hermosos ojos azules, delataba la contenida alegría por la noticia que esperaba oír, el merecido aumento de sueldo, que sabía que estaba al caer...

En cambio, Moira, con voz compungida le dijo: “lo siento Marta, he de cerrar el despacho. Mi madre ha muerto. Ya sabes que ella era la directora de Salus...”

Sí, Marta lo sabía, Salus, era el mayor sanatorio mental de Brasil. Su madre había trabajado muy duro para que fuera el mejor del país; además, el sanatorio tenía una particularidad, uno de sus pabellones estaba destinado a dar cobijo a los niños abandonados del Brasil “*os meninos e meninas da rua*”. Su madre, había nacido en Belem y toda su vida la dedicó a ayudar a los más necesitados. Allá, en su ciudad natal conoció a un catalán, Enrique, se casó con él y vinieron a vivir a Barcelona. Un año después nació Moira; juntos vivieron años felices, hasta que el cáncer acabó con Enrique. Ella decidió volver a su tierra natal, a dirigir nuevamente el sanatorio para encontrar sentido a su existencia. Moira, a sus treinta años era feliz en Cataluña, amaba Cataluña y decidió quedarse aquí, pero le hizo una promesa a su madre: se haría cargo de Salus, el día que ella faltara. Sí, Marta conocía toda esa historia...

“Marta, han sido muchos años juntas, desearía llevarte conmigo, pero entiendo que tienes tu vida aquí, tus estudios... y a Juan”.

“Como es lógico, te daré el dinero suficiente para que estés tranquila durante unos meses.”

Tranquila. ¿Cómo iba a estar tranquila? Estaba pagando junto con Juan un piso, gastos de la Facultad y lo que era peor, sólo podía buscar un trabajo de media jornada, sino ¿cómo iba a terminar la carrera?

Por eso el trabajo de Moira, le había ido como anillo al dedo, jornada de cuatro horas, contestar al teléfono, abrir a las visitas y de paso aprender, ya que ella estaba estudiando Psicología.

Marta iba pensando en todo esto, mientras secaba su larga cabellera rubia. El ruido del secador le hizo recordar, que lo

peor no era haberse quedado sin trabajo. Al día siguiente de quedarse en paro, Juan la dejó. La dejó aquel día, aunque en realidad ya la había dejado hacía mucho tiempo. La manera de acariciarla, de besarla ya no era la misma. Días de llegar tarde, días de reuniones imprevistas, días de inoportunas averías en el coche, que le retenían largas horas...

Aquel día, Juan mirando fijamente el cristal de la mesa del comedor, como si en él pudiera encontrar los objetivos de su vida; sin levantar sus ojos, sin siquiera atreverse a mirarle a la cara, le dijo: “lo siento Marta, no me siento preparado para seguir. Somos demasiado jóvenes, necesito tiempo...” y con paso inseguro, se fue cerrando la puerta detrás de él.

En aquel maldito 29 de febrero, a Marta ya no le quedaban ni lágrimas, ni esperanzas. Entre sollozos, mientras seguía arreglándose pensó que debería maquillarse los ojos. Los tenía completamente hinchados y enrojecidos. Además, en una semana, había perdido cinco quilos y con lo delgada que ya era de por sí, si seguía perdiendo peso su imagen desaparecería tras el espejo.

El sonido del teléfono la sacó de golpe de sus pensamientos...

—Dígame...

—¡Hey! ¿Lo has visto? ¡Está nevando! ¡Es alucinante...!

Marta no pudo evitar esbozar una sonrisa. Era la voz inconfundible de Montse, su mejor amiga. Estaba totalmente “loca”, pero tenía la virtud de animarla, pasara lo que pasara.

Habían quedado aquella mañana para desayunar. Incluso después de haber conocido a Juan, tenían la costumbre de verse una vez a la semana. Las dos pensaban, que una relación de pareja, no tenía por qué interferir en su amistad.

Una amistad de muchos años. Y pensar que esta pelirroja era su mejor amiga... Se conocieron en octavo de básica. Marta

llegó nueva al colegio y estaba aterrada. La sonrisa de Montse y los destellos de fuego de su pelo, la hicieron tranquilizar. Con el tiempo, se veían fuera del colegio, mantenían intereses comunes, el cine, el arte y, sobre todo, su pasión por los animales, Marta, incluso se había propuesto ser veterinaria.

Todo aquello, se interrumpió bruscamente una noche de agosto, cuando Montse le dijo a Marta, algo que ella ya llevaba sospechando desde hacía tiempo, que le gustaban las mujeres...

Pasó septiembre, octubre, noviembre... hasta que, a finales de año, la llamó por teléfono pensando, que no querría hablar con ella, pero... sucedió todo lo contrario... Fin de Año, tuvo algo especial, eran cuatro: Juan, Marta, Montse y... Marina.

Pero de esto hacía ya mucho tiempo, habían pasado casi once años, estaban ya en los veinticinco y esto formaba ya parte de las anécdotas del pasado.

Marta, sonriendo ante el micrófono del teléfono, comentó:

—Montse perdona, pero creo que no podré quedar contigo, he pillado un resfriado y me encuentro fatal.

—¿Quieres que venga? Esto es que andas baja de defensas, por culpa de lo que ha pasado estos últimos días —dijo Montse al otro lado del hilo.

¿Por qué esa pelirroja la conocía tan bien?... Silencio tras el auricular. —¿Nos vemos mañana, Montse?

—De acuerdo y cuídate Marta y no olvides que hay más peces en el mar...

¿Peces? Marta recordó que, con todo el jaleo, hacía dos días que no les daba de comer a los peces.

Mientras cogía la comida de “Fred y Ginger” —así les había puesto Juan—, conectó la radio, desde que él se había marchado, no soportaba el silencio de la casa.

Estuvo moviendo el dial, hasta que se quedó en Radio Nacional, la voz del locutor, la tranquilizó.

Se tomó una aspirina, la resaca la estaba matando. Había mezclado tantas bebidas estos últimos días y lo peor, no había comido nada, por eso se sentía tan débil.

De pronto la voz del locutor, dejó paso a la de una mujer, era una voz extraña. Extraña, pero a la vez conocida... O tal vez lo único extraño, era aquella mañana... Una mañana en la que Marta, no tenía nada que hacer, había pensado en comprar el periódico para buscar trabajo, pero aquella voz, aquella voz especial, le hizo olvidar su propósito... También le hizo olvidar que la leche se estaba calentando... Marta estaba tan absorta, que no se dio cuenta que la leche se estaba derramando...

## CAPÍTULO DOS

“¿Desde cuándo es Ud. bruja?” Preguntaba el locutor. Tras unos instantes de silencio, la voz de aquella mujer respondió, “¿desde cuándo es Ud. locutor?” “Son preguntas bastante difíciles de responder. Creo que todos cuando venimos a este mundo, estamos ya destinados, tenemos un papel determinado y si luchamos contra ello, la vida se encarga de llevarte a un camino de retorno hacia tu destino”.

“¿Es eso lo que le pasó?” Le interpelló el locutor.

“En efecto”, afirmó ella. “Yo procedo de una familia, en la que podríamos afirmar que todos son bastante científicos, mi padre es químico y mi hermano médico, tal vez por eso al decirles lo que me ocurría, me llevaron a un psiquiatra”.

“¿Creían que estaba loca?”, le interrogó.

“Pues sí, y eso cuando eres pequeño te confunde. La primera vez que le conté a mi madre lo que había visto, enseguida me di cuenta de que, si la mujer que me había traído al mundo no me comprendía, difícilmente me entenderían los demás”.

“¿Qué es lo que vio?”

“Ciertamente no fue nada agradable”. “Vi el derrumbamiento de una casa en el Paseo de Gracia, niños pequeños gritando, una mujer embarazada con una herida en la cabeza. Y por encima de todo, pánico, horror y sangre, mucha sangre”.

“¿Su madre, hizo algo al respecto?”

“En absoluto, no creyó ni una sola palabra”. “Las visiones, se fueron repitiendo cada vez con mayor intensidad y mi madre en lugar de escucharme, me cambió a un colegio religioso. Pensó que esto me ayudaría liberándome de algún tipo influencias inadecuadas, que ella achacó al anterior colegio”.

“¿Se derrumbó aquella casa?”

“Si, hubo cincuenta muertos. Cincuenta personas, que tal vez si mi madre me hubiera escuchado, estarían vivas”. “Posiblemente Ud. lo recordará, porque más o menos tiene mi edad. Se trata de aquella casa que se desmoronó, justo al lado de La Pedrera”.

“¿Y si yo le dijera que no me creo nada de todo esto?, ¿que no tiene Ud. ninguna prueba?, ¿qué me diría?”

“Bueno pues, aunque no es mi costumbre, para demostrarle que no miento, dejaré ahora mismo en silencio todas las emisoras.”

La risa del locutor, se desvaneció de repente... Sólo el silencio...

Marta, terminó de tomar el vaso de leche y las galletas que se había preparado. Apoyada en la cocina americana, observaba la luz que entraba a raudales por el ventanal. La verdad, es que la casa le parecía preciosa, el suelo blanco, la luz que generosamente siempre inundaba el apartamento y que hoy, además, con la visión de la nieve, tenía un cierto toque mágico.

Se levantó para cambiar el dial, pensando: “estos de la radio ya no saben que inventar, para ganar audiencia”.

Probó a poner otra emisora, Onda Rambla, pero tampoco transmitían... Marta, siguió cambiando de emisoras, pero de ninguna frecuencia, surgía señal alguna... Pensó, las pilas, seguro.

Se acercó a un cajón y cogió unas pilas nuevas. Siempre tenía repuesto, Marta, no podía vivir sin la radio. Sobre todo por

la noche, ahora que el cuerpo de Juan no estaba al lado de su almohada... Al cambiar las pilas, se dio cuenta de que seguía sin funcionar... Volvió a poner Radio Nacional y al cabo de unos minutos, la voz del locutor, la sacó de su estupor...

“Señores oyentes. Debido a un problema eléctrico, totalmente ajeno a nuestra voluntad, se ha producido un fallo en el repetidor, que nos ha dejado sin emisión durante unos minutos. Rogamos disculpen las molestias, etcétera, etcétera...” “Y seguimos con nuestra invitada. Nos gustaría, si Uds. lo desean, que llamaran ahora y le formularan una pregunta, sólo una, a la que ella les responderá...”

Que originales, pensó Marta. Estamos en un momento en los medios de comunicación, en que todos los programas son iguales... alguien llama, cuenta su vida y el locutor cobra a fin de mes...

La voz de aquella vidente, interrumpió los pensamientos de Marta, dejándola totalmente sorprendida al decir:

“No quiero que las personas que llamen me cuenten nada. Les diré como son físicamente y les diré algo de su pasado como referencia, antes de decirles algo de su futuro...”

“De acuerdo”, dijo el locutor con tono escéptico. “Aquí tenemos la primera llamada. Díganos su nombre por favor”.

La oyente, no tuvo tiempo de responder, la voz de aquella extraña mujer, se anticipó con una entonación que evidenciaba su seguridad: “Se llama Blanca, sus ojos son verdes y tiene un lunar en la frente. Es bajita y esto la acompleja. Fue drogadicta a los quince años y teme recaer. Blanca, no se preocupe, porque esto no sucederá.”

El locutor, estupefacto, con voz abrumada se dirigió a la oyente: “¿te llamas Blanca?”

La muchacha, respondió afirmativamente, pero ya no pudo decir nada más, entre sollozos, dio las gracias y colgó.

Marta, empezó a interesarse por el montaje que estaban haciendo en aquel programa. Le pareció algo interesante desde el punto de vista psicológico.

Durante un cuarto de hora, siguió escuchando llamada tras llamada, al final sin ya prestar demasiada atención. Pensó, que todo eran llamadas preparadas, eso sí, con mucha imaginación, pero sin duda preparadas... A pesar de todo, aquella voz seguía atrayéndola, tenía algo muy especial...

Sin dar mayor importancia al tema, empezó a vestirse abrigándose bien. Jersey de cuello alto, pantalón acolchado y las botas.

A punto ya de salir se dirigió a apagar la radio, cuando oyó una voz que la sobresaltó.

“Si, un momento por favor” murmuró el locutor.

“Te llamas Montse, eres pelirroja, ojos negros y en el pasado te sentiste mal al no aceptar tu condición de lesbiana, ahora estás bien y has encontrado el amor con una chica llamada Marina”.

Fue en aquel momento cuando Marta comprendió, que no se trataba de ningún montaje y aunque resultara casi increíble, aquella mujer tenía sin lugar a dudas un poder especial.

¿Y por qué no?, su abuela era gallega y en muchas ocasiones le había hablado de las meigas. La leyenda, aún vigente en la actualidad, cuenta que eran mujeres ancianas que habitaban en pueblecitos recónditos de Galicia, y utilizaban sus conocimientos sobre las hierbas, para curar cualquier enfermedad de los lugareños, que acudían a ellas.

Marta recordó como su propia abuela preparaba brebajes, recogía hierbas y hacía conjuros. Incluso había utilizado una de sus pócimas con el abuelo de Marta. Diluía en el café, en las salsas y en cualquier comida que tomara su marido, una infusión de flores de geranio. Ella alardeaba de que aquel matrimonio perfecto era debido a su pócima...

Pero, tal vez las leyendas no eran leyendas y el espejo de Alicia existía.

Marta, apagó la radio y después de cerrar la puerta de su casa se dirigió al ascensor. Pensó, mientras pulsaba el botón para bajar los diez pisos que la separaban de la calle, que sería interesante conocer a esa vidente. Conocer que había detrás de aquella voz...

Saliendo del ascensor, un botón de su chaqueta se desprendió...

## CAPÍTULO TRES

El frío de la mañana, la devolvió a la realidad. ¿Brujas?... ¡Bah...! De momento, por lo único que debía preocuparse, era por encontrar trabajo.

Javier, el del kiosco de al lado del metro la saluda, como siempre, con una gran sonrisa

—Hola Marta, ¿Cómo va todo?

—Mal Javier, la verdad es que empiezo la semana con mal pie.

—Eso, Marta, son tonterías. Cierra los ojos, siente la nieve, el sol y recuerda lo que dice Serrat: Hoy puede ser un gran día...

Marta sonrió, ese hombre de pelo cano, sabía más de psicología, que todos sus compañeros de la Facultad juntos...

Mientras bajaba las escaleras del metro, abrió el periódico buscando las ofertas de trabajo... Quien se lo iba a decir, ella, inmersa en las páginas de ofertas laborales... ella, sin pareja... Casi sin querer, paso una mirada por la cartelera: Cuando Harry encontró a Sally... la estuvo viendo con Juan y aquella tarde, recordó, estuvo de acuerdo en que todas las historias tienen un final feliz...

El estridente sonido del chirriar de los frenos del metro, la sacó de su ensimismamiento... ¡Todo el mundo gritaba...!

—¡Se ha tirado!, ¡Yo lo vi...!

—¡Dios mío!, ¡Es terrible...! Era tan joven...

El conductor, obnubilado, totalmente aterido por el horror de aquel dantesco espectáculo, era incapaz de articular palabra... A continuación, la policía, la ambulancia... Marta vio todo aquello aterrorizada. Precisamente se había fijado en aquella chiquilla que no debía tener más allá de quince años, porque le llamó la atención la bonita falda que llevaba. ¿Qué pudo impulsarle a hacer algo así?

De pronto, una voz metálica, impertérrita, anunció por megafonía: “por causas ajenas a la empresa, esta línea permanecerá detenida durante aproximadamente media hora. Rogamos a los señores pasajeros, que hagan uso del servicio de autobuses durante este tiempo. Disculpen las molestias”.

Marta, no quería coger nada, aquella mañana era demasiado extraña, sólo faltaba el suicidio de aquella pobre chica... Siguió hojeando el periódico, sus ojos azules, pasaron con rapidez de una sección a otra: futurología... ¡A aquella pobre muchacha, ya no le hacía falta conocer su destino!

La gente, seguía arremolinada... El morbo, era sin duda uno de los aspectos, que más efecto producía en todo el mundo... Seguían los comentarios...

—A lo mejor, la había dejado el novio...

—O suspendió los exámenes...

¿Qué sabrá la gente? Pensó Marta.

De repente un nombre en el periódico, le produjo un escalofrío, la hizo temblar como si estuviera en plena calle, bajo el frío... “Milena...” ese nombre, ¿qué le recordaba?

Mientras intentaba recordar, seguía sin poder apartar sus ojos de aquel anuncio: “Milena. Notaras la diferencia” “Tel.: 466.66.66”... No sabía que le producía más asombro, si la desfachatez del anuncio o aquel número de teléfono... ¿Cómo se podía tener tanta desfachatez en un planteo?... Y

en cuanto al teléfono, ¿era un pacto con el diablo o con Telefónica?...

Era curioso, a pesar de estar estudiando en la Facultad de Psicología, en ningún momento se había desvanecido su atracción por el esoterismo, por lo oculto, que había sentido siempre, desde muy pequeña... Aún le parecía oír la voz de su padre, Jorge, diciéndole con cara muy seria tal como le había recomendado María, su esposa: “Marta, hemos de hablar...” “Me ha dicho mamá, que quieres estudiar brujería...” A lo que Marta, sonriendo le había contestado: “brujería no, papá, parapsicología” y es que Marta a sus escasos doce años, ya tenía muy claro lo que quería; sobre todo después de haber visto por la tele, aquella película de Roman Polanski “La Semilla del Diablo”. La sola idea de que alguien pudiera matar, consiguiendo un mero objeto de la víctima, la fascinaba.

“Verás Marta”, siguió su padre, “la parapsicología o como se llame, está bien como una afición, como un entretenimiento... pero la vida real es otra cosa, unos estudios, una casa, una familia...” La voz de su padre cada vez le parecía más lejana y Marta se entretenía mirando con atención los reflejos de la luz, en uno de los lagrimones de cristal de la lámpara del comedor, su madre, decía que eran lágrimas de los gnomos, los geniecillos de la Tierra que, habitaban la casa...

Entretanto su madre, María, desde la cocina sonreía complacida con el discurso de Jorge a su hija... ambos deseaban para ella el mejor futuro, que fueran capaces de proporcionarle...

Y Marta, deseaba estudiar parapsicología, pero las facultades de esta disciplina, no existían en España, y cuando ya tuvo edad para saber que Roman Polansky, había perdido a su esposa Sharon Tate en un ritual satánico, a manos de una secta liderada por Charles Manson, la atrocidad de aquel asesinato, la hizo querer profundizar en la mente de las personas. Empezó

a leer a Freud, luego vino Jung y después Maslow... y más tarde, los jardines de Pedralbes y aquella Facultad, que se hizo para ser provisional, pero donde los pabellones se eternizaban y seguían con goteras.

Aun y así, el interés de ella por los fenómenos extraños seguía allí, escondido como un animal agazapado, pero allí, al fin y al cabo...

Repentinamente salió de sus pensamientos y con absoluta claridad lo recordó: Milena... la voz extraña de la radio..., la llamada de Montse... Buscó unas monedas en su bolso y se dirigió a una cabina en el metro, descolgó el auricular y... ¡No funciona...!, ¡No falla!, Cuándo las necesitas jamás funcionan, ¡deberían inventar un teléfono que se llevara en el bolsillo...! Siguió probando, ninguna de las cabinas del metro funcionaba...

¡Qué diablos!, Saldría a la calle, aunque hiciera frío, total ya había pasado más de media hora y el metro seguía sin funcionar...

El ruido de la circulación, los turistas japoneses fotografiando la Sagrada Familia... era evidente, fuera del metro el mundo seguía girando implacablemente... Se acercó a una cabina y levanto el teléfono, menos mal, esta sí funcionaba... marcó los números con rapidez...

Marta, esperaba oír la voz de una secretaria, pero no..., al otro lado del hilo respondió la misma voz de la radio...

—Hola Marta —dijo— estaba esperando tu llamada

Marta enmudeció, su primer impulso fue colgar, olvidar todo aquello y acudir a una entrevista de trabajo, eso es lo que debiera haber hecho esta mañana... Pero la curiosidad y la atracción que sentía por aquella misteriosa voz la retuvo, se quedó completamente inmóvil escuchando aquella voz que le daba la dirección y le decía que le esperaba a las diez y media.

29 DE FEBRERO

A las diez y cinco, Marta cogió un taxi. A las diez y cuarto, su paquete de tabaco cayó del bolso...

## CAPÍTULO CUATRO

Para Marta, el Barrio Gótico, era uno de los barrios con mayor encanto de la ciudad, o por lo menos así se lo parecía.

Llegó a la calle Sant Sever y con auténtica puntualidad inglesa, abrió la puerta de la escalera, pero todo estaba oscuro. De forma automática buscó por la pared el interruptor de la luz, pero su búsqueda resultó infructuosa. Debía subir al primer piso, pero la verdad, no acababa de decidirse, los escalones estaban resbaladizos por culpa de la nieve y sus botas tenían unos tacones demasiado altos... Inesperadamente, la tenue luz de una puerta entreabierta iluminó el pequeño vestíbulo, echo su mirada hacia arriba y vislumbró una silueta oscura, que la llamaba:

—Marta, es aquí. Sube.

—¿Qué pasa con la luz? —incredó ella.

—No hay —respondió Milena —vivo sola aquí y no la necesito.

Marta, mientras subía los escalones frunció el ceño y susurró entre dientes: “debería estar buscando trabajo...”

Al llegar al alfeizar, quedó asombrada ante la imagen, que se ofrecía a sus ojos... velas negras por todo el recibidor, que seguían por todo el piso... un intenso aroma a incienso, un incienso, que no le resultaba familiar... y aquella larga melena negra azabache, que cubría displicente la figura de Milena...

—Pasa por favor, no te quedes aquí.

Aunque la primera sensación fue de temor, algo en el interior de Marta le aportaba tranquilidad, le hacía sentir que no le ocurriría nada.

—¿Cómo sabías mi nombre? —preguntó Marta algo aturdida.

—Sin preguntas, por favor —respondió Milena con cierta frialdad— No sabemos siquiera de dónde venimos o a dónde vamos, por tanto, ¿qué importa cómo sabía tu nombre? Siéntate aquí, que ahora mismo estoy contigo”, le dijo, señalando con su larga mano, un sillón de mimbre negro, situado en la primera habitación del largo corredor.

El intenso olor a café recién hecho, le hizo intuir, que Milena lo estaba preparando, entretanto, aprovechó para repasar la estancia con su mirada. Nunca, hasta entonces, había visto paredes pintadas de negro, ni tantas velas negras ardiendo; pensó que se podría producir un incendio con gran facilidad.

Había otro sillón como el suyo y una mesita redonda, con un tapete violeta con extraños símbolos estampados en él, encima unas cartas del Tarot. Tocó una, tenía una chocante e irregular mancha roja, se dio cuenta que todas la tenían... Al lado, yacían ubicados unos singulares caparazones de caracol, junto a la fotografía de un niño pequeño, el mismo cuya foto había visto también en el recibidor, en un marco negro.

La luz de las velas hacía que, a la derecha de la mesa, sobre la pared negra, se recortara la silueta de algo que le pareció una especie de altar, sobre el mismo destacaba con fuerza una imagen de mujer con largo cabello negro, con ropas azules a cuyos pies reposaban unos collares de cuentas de colores y la de un hombre, cuya cara estaba recubierta por una índole de hojas de paja, que le daba una apariencia similar a la de aquellos antiguos espantapájaros, que Marta Había visto en el campo. Se

podían ver también cocos, limones y una bebida blanca, que no consiguió identificar y a su alrededor un buen número de fotografías de personas de distintas edades, razas y sexo.

Marta había estudiado antropología y todo aquello, le pareció muy interesante, pero cuando Milena apareció, recordó lo que ya le había dicho antes y prefirió no preguntarle nada.

—Aquí estoy, sostenme el azúcar por favor.

Marta no pudo evitar pensar, que aquella mujer se comportaba como si se conocieran de toda la vida. Mientras Milena disponía las tazas sobre un pequeño salvamanteles de color azul, Marta, aprovechó para observarla más atentamente, debía tener unos cuarenta años, sus ojos eran de un negro tan intenso como el de su larga melena. Esa imagen contrastaba con su vestimenta, pantalones vaqueros, camiseta y zapatillas blancas, tal vez esa ropa evitaba que se la confundiera con la vampiresa, que aparecía en la Familia Monster, sino fuera por eso podría dar vida al personaje de Morticia.

—Lo siento, pero ya he tomado mi café del día —dijo Marta.

—¿Cuántos terrones? —replicó Milena sonriendo sin hacerle el menor caso.

—Tres, por favor.

—Te gusta lo dulce —afirmó.

—Sí, la vida ya es suficientemente amarga —contestó Marta con tristeza. Acto seguido, levantó la taza y se dispuso a tomar el café, intentando disimular el temblor de sus manos. Nadie sabía que estaba en esa casa...

Milena le dijo entonces que, al terminar de tomar el café, volcara la taza sobre el platito y pusiera su mano izquierda sobre la misma, durante unos minutos.

Tomó el café y siguió al pie de la letra las instrucciones de Milena, pasados unos minutos, ésta le pidió que levantara su mano. Marta se fue tranquilizando poco a poco.

Milena le dio la vuelta a la taza y estuvo en silencio unos minutos. En el interior de la misma, se habían formado una gran cantidad de figuras que, a Marta, se le antojaron como las que tantas veces había visto en las láminas de Rorschach, las manchas de tinta que se utilizan para hacer los test psicológicos.

Milena, empezó a hablar:

—Tu pareja, te ha abandonado. Lo ha hecho con una excusa, pero la realidad, es que hay otra mujer en su vida. Con el tiempo volverá y tú le abrirás nuevamente tu corazón.

—Tus padres se han divorciado hace poco y tú te sientes culpable por no estar más tiempo a su lado, para ayudarles en este trance.

—Tenías un perrito llamado Grey, al que un coche atropelló, debido al dolor que sentiste, nunca más has tenido otro perro, solamente tienes dos peces: Ginger y Fred.

Esta precisión asombrosa, a Marta le parecía inconcebible y mentalmente buscaba una explicación lógica. Telepatía, pensó, pero interrumpió a Milena, para preguntarle aquello que le preocupaba...

—Perdona Milena, pero lo que de verdad me interesa, es encontrar trabajo. Dime si lo encontraré y cuando.

Marta sintió la profunda mirada de Milena, clavándose en sus pupilas...

—Mañana mismo, si tú quieres, tendrás trabajo —manifestó Milena sin pestañear.

—¿Perdona? —murmuró Marta absolutamente sorprendida.

—Necesito una secretaria. Desde que intervengo en Radio Nacional, el teléfono no para de sonar.

Lo cual, era cierto pues desde que Marta había llegado, el teléfono no paró de sonar y un contestador iba grabando las llamadas. Tras unos instantes de duda, Marta respondió:

“De acuerdo, pero eso sí, si es posible querría trabajar media jornada”.

—Ningún problema, trabajarás de cuatro a ocho de la tarde. Tus obligaciones serán contestar al teléfono y abrir la puerta a las vistas... ¡Ah! Y cuidar de *Ashé*...

Silbó de una manera extraña y apareció un felino. A Marta le extrañó aquel nombre recordó que, en algunas religiones afroamericanas, nacidas de la religión *Lucumí*, se usaba este vocablo para definir la energía vital.

—Este es *Ashé*, mi gato —dijo Milena acariciándole.

Marta fijó sus azules ojos, en el iris de aquel gato. Observó sorprendida el gran parecido que tenían aquellos ojos, con el del niño pequeño de la fotografía. Tal vez, sino hubiera estado tan fascinada en esta contemplación, habría visto a Milena, recogiendo un cabello rubio del tapete violeta...

## CAPÍTULO CINCO

Casi no tuvo tiempo de digerirlo y ya estaba en su nuevo trabajo; Marta ya estaba contestando al teléfono sin parar.

El tiempo, le pasaba casi sin sentir. Cuando antes trabajaba con Moira, los minutos no pasaban y ella mataba el tiempo leyendo libros, sólo alguna llamada de vez en cuando pidiendo hora o preguntando por Moira, perturbaba la monotonía; pero aquí era diferente, la gente contaba con ella, con su opinión, Le explicaban a Marta sus más recónditos secretos, sus miedos, sus obsesiones; se lo contaban, para que más tarde Milena diera también su opinión a través de ella, ya que Milena, jamás se ponía al teléfono.

En este trabajo, Marta, estaba aprendiendo más, que en cualquier Facultad. Sólo había dos cosas que la incomodaban, las anómalas llamadas de los miércoles y aquella estatua de madera.

Cada miércoles a las horas punta, llamaba Miriam. Al principio llamaba y colgaba, posteriormente se la oía respirar al otro lado de la línea, al cabo de seis semanas habló por fin.

Después de sonar tres veces, Marta descolgó el teléfono:

—Despacho de Milena, dígame.

—Hola, soy Miriam.

—Buenas tardes, Ud. dirá...

—¿Sabes quién soy?

—Miriam, eso has dicho, ¿no es cierto? —contestó Marta con cierto disgusto. Estaba a punto de llegar la primera visita y sólo le faltaba andar con jeroglíficos. Que vaya al grano, pensó.

—Te he estado llamando, desde que trabajas aquí, pero no sabía cómo plantearte las cosas.

Marta pensó, que era un problema que Milena saliera por la radio. Podía escuchar cualquiera. Decidió seguirle la corriente, por experiencia sabía que era lo más adecuado.

—Tú dirás —asintió lacónicamente.

—Deja este trabajo. Por la voz pareces muy joven.

—Oye mira, no quiero ser grosera, pero tengo mucho trabajo —espetó Marta mientras pensaba para sí: “sólo me faltaba que esta chiflada, me cuestionara por mi edad”.

El timbre de la puerta, sonaba con tanta insistencia, que sin duda incluso Miriam debía haberlo oído, tal vez por eso dijo:

—De acuerdo, llamaré la próxima semana media hora antes de que empecéis las visitas, a las tres y media. Por favor, procura estar a esa hora, estoy arriesgándome mucho.

“Sí, sólo me falta esto”, pensó Marta, “no tengo tiempo ni de comer y vendré para escuchar a esa loca media hora antes”. De todos modos, le dijo que sí, para sacársela de encima. Colgó y con paso raudo, se dirigió a la puerta.

—Hola. Buenas tardes, soy la Sra. Díaz, tenía hora con Milena a las cuatro. Disculpe el retraso, pero es que el tráfico, estaba fatal y encima al llegar aquí no había modo de aparcar el coche.

Marta sonrió al ver el atolondramiento de aquella elegante mujer, que parecía la hermana gemela de Grace Kelly.

El teléfono, volvió a sonar. Marta cerró la puerta y se dispuso a contestar, mientras recorría el camino que la separaba del teléfono, le contestó a aquella señora: “no se preocupe,

Milena llegará a y cuarto, ha tenido que ir al Hospital de San Pablo, ya que su madre ha enfermado”. Descolgó el teléfono y dijo: “Despacho de Milena. Un momento por favor”. Dejó el auricular sobre su mesa y acompañó a la señora a la sala de espera. Volvió al teléfono y mientras atendía a un joven que quería cambiar su día de visita, se abrió la puerta. Milena, hieráticamente, hizo su entrada. Al terminar la llamada, Marta se dirigió hacia ella y le inquirió: —hola Milena, ¿cómo está tu madre?

—Ha muerto —dijo Milena sin cambiar el tono de voz, mientras se sacaba los guantes y colgaba su abrigo, con la misma normalidad que cualquier otro día.

Al principio Marta, pensó que se trataba de una broma, de mal gusto, pero una broma, al fin y al cabo. Pero su intuición, le dijo que aquello, que parecía tan irreal, era cierto. Y era su intuición, no el rostro de Milena, que permanecía inmutable.

Casi en un susurro, Marta le dijo: —¿quieres que cancele las visitas?

—No. ¿Por qué? —dijo Milena mientras encendía un cigarrillo.

—No, no. Por nada. Bien, ya ha llegado la Sra. Díaz y te está esperando.

—Gracias, Marta. ¿Ha habido algo importante?

“Por supuesto que sí, ha muerto tu madre y estás tan tranquila”, pensó Marta. Recordó que cuando murió la madre de Moira, ésta, estuvo enferma dos días y eso que no la veía más que un par de veces al año; en cambio, la madre de Milena solía verla a diario o por lo menos le llamaba por teléfono. Marta recordaba el aspecto frágil de aquella mujer, aunque sólo pudo verla una vez, menuda, morena con unos ojos verdes que recordaban el brillo de las esmeraldas. Todo en ella era dulzura, tan y tan distinta a la frialdad de Milena. Reprimiendo lo que su

visceralidad le marcaba decir, con toda la afabilidad de la que fue capaz, respondió:

—No. Nada importante. Bueno, sí, ha llamado una tal Miriam...

Bruscamente, la expresión de Milena se tornó expectante e intranquila. Maquinalmente masculló: —¿Miriam?

—Sí, parecía un poco trastornada. Ha dicho que llamaría la próxima semana. ¿La conoces?

—No, en absoluto. Bueno, voy a empezar las visitas. No me pases ninguna llamada.

—Perdona Milena, ¿Cuándo será el entierro?

—No habrá entierro. —Y sin más comentarios desapareció por el corredor.

Marta, en aquel momento fijó su mirada en su segunda causa de incomodidad dentro de aquel trabajo, *Eshú*, así se llamaba aquella estatua tallada en madera. El origen de su nombre nacía de la religión *Lucumí*, igual que el gato, era uno de los *orishás* (deidad), cuya misión era quitar obstáculos y abrir puertas. Para algunos santeros, *Eshú*, es el *orishá* más temido. La escultura, estaba en el extremo de la habitación, con su parte frontal dirigida hacia su mesa, pero cuando Milena estaba en la consulta, a Marta, se le antojaba que cobraba vida y se giraba de perfil, para recuperar su posición anterior justo a las ocho, al terminar las consultas.

Marta, sabía que esta impresión era descabellada, por lo que siguió contestando al teléfono y decidió olvidarse de *Eshú*, de Miriam y de la madre de Milena. Total, a ella, la había contratado como secretaria. Además, por lo que había estudiado, estas deidades se sincretizaban con varios santos católicos, como el Santo Niño de Atocha, así que no podían ser negativos...

El resto de la tarde pasó apaciblemente hasta las ocho. Supo que era esta hora, porque llegó Manuela, la muchacha de la limpieza, que era la puntualidad personificada.

—Hola Marta. ¿Todavía aquí? —La nariz de Manuela, estaba graciosamente enrojecida por el frío reinante.

—Sí. Ahora mismo me voy Manuela. —Por un momento, pensó en contarle lo sucedido, pero decidió que no era asunto suyo contárselo. Cogió sus cosas, puso el contestador y con paso decidido, se dirigió a la puerta. En el cuaderno de notas situado junto al teléfono, quedó un nombre anotado: “Miriam...”